

Edgar, Allan, Oscar, Robert, Henry, Mary, Arthur y Agatha. Estos fueron al principio. Fueron los ocho que llegaron. Los que fueron bautizados. La última vez he contado veinte. Quizá sean más.

La idea de comprar esta casa fue de Marta, mi mujer (legalmente continúa siéndolo). Éramos una pareja de artistas y para ella no había nada mejor que un ambiente tenebroso, una casa aislada en medio de una carretera, a varios minutos de cualquier ser humano. Confieso que el pequeño departamento céntrico en que vivíamos antes era ideal para mí. No sé qué mecanismos raros gobiernan mi mente pero me resultaba mucho más estimulante ese breve espacio, constantemente invadido por el ruido del tránsito y por las discusiones de los conductores y todo ese concierto a menudo nefasto que caracteriza a una urbe. Marta quería otra cosa.

Desde el principio se me antojó exagerada la casa. Dos pisos, numerosas habitaciones. Claro que Marta tenía ese espíritu maternal, esa idea de querer poblar cuartos con hijos, por eso no le molestó contar con habitaciones a las que probablemente nunca entró. Por otra parte, el precio era bajo; muy bajo. A fin de cuentas, era prácticamente la misma inversión costear esta casa enorme o el minúsculo departamento céntrico. Marta se aferró a la excusa de que esta construcción imponente y de dudoso gusto era perfecta para estimular nuestros costados creativos. Éramos, insisto, una pareja de artistas. Yo contaba con una discretamente exitosa exposición y un puñado de cuadros vendidos; ella escribía. No sé en qué medida estas paredes derruidas, estos salones amplios que contestan a cada palabra con un eco macabro, este vasto jardín de raíces pútridas, le habrán inspirado algo. A mí, por lo pronto, en ninguna. No he podido terminar un solo cuadro desde que vivo aquí. En verdad no se me ocurre nada, ningún tópico; no puedo dar con ningún punto de partida. Desde que vivo aquí apenas si pensé alguna vez tomar como tema las terribles pesadillas recurrentes que me han agobiado por unos cuantos meses ya, pero no me he atrevido. Lo que quiero dejar en claro es que nadie, sinceramente, pudiera pensar que entre estas múltiples paredes vivió

otrora una familia feliz, que fue éste un hogar de gente común y decente. Al menos yo no puedo sino pensar que éste debió ser el escenario de truculentos crímenes, de atroces torturas. He llegado incluso, en momentos de tal vez exagerada imaginación, a creer que estos horribles sueños míos no son sino una especie de señal, la manera en que los espíritus que siguen volando por estos corredores, por estas salas, buscan comunicarse. Pero claro, cualquiera pensará que estoy loco. Quién esperaría que un hombre que vive solo con unos, no sé, veinte o veinticinco perros esté en su sano juicio y piense cosas perfectamente factibles.

Ninguno es puro, de raza. No son sino animales callejeros, sin dueño, que tuvieron la fortuna (buena o mala) de vagar hasta aquí. De todos modos, son distinguibles –para mí al menos. Edgar y Allan fueron los primeros en llegar. Por aquel entonces ya era yo presa de lo que tal vez algún estudioso de la psicología definiría como trauma. Marta y yo habíamos peleado por última vez. Después de semanas y semanas de roces, de desacuerdos –todos ellos, admito, culpa mía en buena parte, dado que me sentía yo cada vez más perturbado por aquellas pesadillas y por mi bloqueo creativo, y no podía sino achacárselo a ella y a su irrevocable necesidad de vivir en esta maldita casa- el drama había llegado a su fin y Marta había partido. Lo había hecho de una manera algo cobarde, es cierto. Teníamos –tengo aún- un auto, pero ella nunca había aprendido a manejar así que se marchó a pie una mañana, muy temprano, silenciosamente, dejando unos cuantos libros que ciertamente le hubiera resultado incómodo llevar, y una carta en la que anunciaba lo obvio. Aquella mañana me levanté, creo, cerca de las nueve. Encontré la nota y, pese a que todo era tristemente previsible e intuía yo que algo de tal índole acabaría por ocurrir, no me limité a aceptar esa realidad y salí en su búsqueda, por infructífera que resultara, en definitiva, visto que desconocía a qué hora se había marchado. Apenas podía atinar que habría caminado hasta la ruta; no había otra salida. Pero a partir de allí sus pasos se harían impredecibles. No obstante salí tras ella; no tenía nada que perder. Y así comenzó todo.

Allan tiene un aire a beagle. Posiblemente se trate del fruto de una cruce no deseada. Edgar tiende a mantonegro pero tampoco es puro. Siempre me intrigó la explicación de la diversidad

genética de los perros pero nunca me he molestado en investigar al respecto. Lo cierto es que, por mucho que me agradaran, en el pequeño departamento céntrico era impensado tener siquiera un chico. Y, por otro lado, a Marta no le gustaban. A tal punto que ahora, en mis momentos de más profundo desconcierto, suelo pensar que detrás de todo esto hay algún poder superior, llámese Dios o como se desee, un marionetista siniestro que se ha alzado contra mí...

Sonará extraño pero, posteriormente a la partida de Marta, encontré una suerte de inusual divertimento leyendo los libros que ella había forzosamente dejado en la casa. No pretendo, insistiré, entender cómo trabaja mi mente pero por aquel entonces contribuía a reconfortarme ligeramente el hecho de leer obras terribles (no en cuanto a la calidad sino al contenido). Así fue que me volví asiduo lector de Poe, y volví una y otra vez particularmente sobre obras como *La caída de la casa de Usher*, como si en mi subconsciente se hubiese tendido una suerte de intangible nexo entre mi drama y el del cuento, como si yo hubiese pasado a ser un doliente émulo de los pobladores de aquella desoladora mansión. Confieso que esa especie de terapia me resultaba hasta placentera. Fue precisamente allí cuando aparecieron los dos primeros, y aquel el motivo por el cual los nombré en homenaje a quien hacía mi vida algo menos miserable.

Mi faceta como artista era algo limitada. Apenas abarcaba una disciplina y esa era, claro, la pintura. Excepto muchos años atrás, en mis días de escolaridad y por obligación, nunca había acostumbrado leer. Pensé oportunamente que el sano ejercicio pudiera contribuir a modificar en algún aspecto mi vida. Quizá pudiera ir gestando en ella alguna forma de cambio. Quizá si yo me transformase gradualmente en una persona distinta entonces Marta no significaría demasiado para mí y su recuerdo se borraría de a poco.

Poe abrió paso entonces a Stevenson. Pero no podía simplemente distraerme con *La isla del tesoro*, sabía que tenía que alimentar mi alma con algo decididamente oscuro, algo crudo y violento. Me dejé llevar entonces por el afamado Doctor Jekyll y me sumergí en la escabrosa dualidad de la persona humana. Si hasta yo mismo he fantaseado luego con ese asunto, me he dicho que yo también era dos personas: el otrora devoto esposo de Marta y una suerte de hombre nuevo,

incipiente, que acabaría aniquilando al primero. No pretendo tampoco explicar lo que no puede adjudicarse sino al azar. Me refiero a que en aquellos días, vaya uno a saber cómo y de dónde, había llegado hasta la casa un tercer perro. Creí apropiado llamarle Robert.

Dije al comenzar que nuestra morada... (debo dejar de usar el plural... o tal vez no, después de todo somos ahora más de veinte seres conviviendo) estaba alejada de toda otra vivienda. Lógicamente también de todo comercio. Cuando nos embarcamos en esta etapa de nuestras vidas, Marta y yo asumimos que dependeríamos para nuestra subsistencia de un mercado bastante amplio y nutrido que se hallaba lejos, pero que con una o dos visitas mensuales nos abasteceríamos debidamente. Afortunadamente, la nefasta mañana en que Marta me abandonó, no hacía más que unos días de nuestra última gran compra. Admito, por otro lado, que mi lúgubre ánimo no estimulaba para nada mi apetito. Así fue que pude –que pudimos, perdón- subsistir unos cuantos días más. Los tres perros habían llegado más bien famélicos y se contentaban comiendo poco.

Mis apreciaciones sobre las obras literarias ciertamente no son de fiar, considerando mi escasa cultura. No obstante diré que llegué a considerar *El retrato de Dorian Gray* como una relectura del caso del Doctor Jekyll. El autor emplea otros recursos, construye otros escenarios, pero la esencia de ambos libros es la misma. Nuevamente el destino obró hábilmente y apenas dos días después de que yo terminara de leer la novela, advertí, en el curso de una caminata matinal, que un nuevo animal se acercaba a la casa, andando por la interminable carretera que no conocía otro obstáculo por kilómetros y kilómetros. Oscar tenía cierta reminiscencia a dogo. Asumí que se trataría de otra cópula imprevista.

Con cuatro perros la comida comenzaba francamente a escasear. Nunca antes había pedido que me trajeran nada a mi domicilio (siempre habíamos viajado hasta el mercado con Marta). Pero siendo ahora terriblemente consciente de mi impedimento, y contando además con una especie de confianza con el dueño del negocio, opté por importunarlo. Comprobé dolorosamente que con la adquisición de estas provisiones dilapidaría mis últimos ahorros (ni Marta ni yo teníamos empleo alguno; nos habíamos propuesto la emocionante meta de vivir de nuestras creaciones). Edgar, Allan,

Robert y Oscar escoltaron con sumo entusiasmo al hijo del dueño del mercado en el momento de su llegada. No recuerdo su nombre pero ciertamente poco importa. Imaginé que tendrían pocos clientes y difícilmente no conocieran la vida de cada uno de ellos. Digo esto porque tuvo el debido recato de no nombrar a Marta en momento alguno y, más aún, supo mostrarse muy gentil y ofrecerme repetir el servicio en cualquier momento que yo lo requiriese. La flamante compra contenía poco más que comida. No había en ella nada de artículos de limpieza; no aparecían allí los habituales productos de cosmética que Marta consumía. Las bolsas eran bastante pesadas; kilos y kilos de cortes diversos (los más baratos) de carne y poco más. Yo sentía esa suerte de deber moral de congraciarlos con una buena dieta.

Me hubiera gustado comprar otros libros pero el mercado no vendía. Los otros que habían quedado me inspiraban menos entusiasmo; no obstante algunos días después no tardé en echar mano a uno cuyo nombre me sonaba familiar, *Otra vuelta de tuerca*. Disfruté nuevamente trazando paralelismos entre mi ahora compartido hogar y la tenebrosa casa de James. Simultáneamente, mi improvisada reserva canina habría de agrandarse por la vía habitual, por la ruta. Por allí llegó, con mucha dificultad, un pequeño perro, al parecer bastante añoso. Le di un baño y lo animé a comer algo. En unas horas ya estaba compartiendo con los demás la rutina de tenderse al sol en el jardín y explorar la inmensidad de la casa. Ya con seis perros yo creía haber perdido el dominio del hogar. En otras palabras, me había reservado mi habitación –que no era aquella en que dormíamos con Marta, sino una nueva- y les permitía al recién llegado Henry y los otros cinco ocupar a su antojo el resto.

Con el correr de los días, racionar la comida se fue tornando dificultoso, en parte debido a que Edgar y Oscar, los más grandes, se las ingeniaban para saquear la cocina y proveerse a sí mismos cada vez que se sentían hambrientos. Y yo sabía que el tamaño de ambos suponía tomar recaudos. En una ocasión llegaron incluso a atacar mi estante de libros. Era verdaderamente notoria la fuerza que debían tener para derribarlo. Por suerte la mayor parte de los volúmenes quedaron intactos;

apenas Henry supo huir de mi alcance y –con una ferocidad que me sorprendió– destrozó la obra de Wilde.

Debió ser por aquel entonces, con la novela de James y sus fantasmas aún latentes en mi mente, cuando vislumbré una tal vez viable explicación. Intentaré plantearla de un modo más o menos convincente: todo había comenzado, dije ya, la mañana en que Marta me abandonó. Yo había salido en su búsqueda y tras andar un gran tramo por la ruta no di con el menor rastro de ella. No sé cuánto tiempo había pasado cuando decidí finalmente regresar. Pensé que no debía dramatizar tanto la situación; cierto era que la relación estaba en un momento tenso, pero ella volvería. Eso pensé entonces. O al menos llamaría, enviaría una carta, quién sabe. No podía, de ninguna manera, ser aquel el final de nuestra historia. Hice todo lo posible por animarme en el camino de vuelta. A pocos kilómetros de casa, en un intento por serenarme, recuerdo haber cerrado mis ojos por un momento y respirado profundamente. Nadie conducía por allí. No había visto yo jamás un auto, no corría el menor peligro. Pero de golpe un brutal crujido y un agudo llanto me sacudieron de vuelta a la realidad. No entendía qué acababa de ocurrir pero había una salpicadura en el parabrisas de algo que parecía sangre. Frené de inmediato, aunque a la velocidad que iba me llevó unos cuantos metros. Finalmente me bajé y contemplé la imagen más cruenta que me haya tocado presenciar en mi vida: un pequeño perro yacía atrapado bajo el coche, parcialmente aplastado por la rueda delantera. Estaba vivo aún, aunque su cuerpo estaba brutalmente mutilado y el reguero de sangre y pelos que acompañaba la huella de la frenada sugería que no le quedaban posibilidades de sobrevivir. Admito que he visto personas sufrir en diferentes ocasiones: pobres durmiendo en las calles con el frío invernal calando sus huesos; niños cayendo y golpeándose duramente; he visto gente afrontar el intolerable dolor de una pérdida. Pero nada se comparaba con esto. Y saber que no podía hacer nada por revertirlo me infundía la más humillante impotencia. Recuerdo haberme arrodillado, con mis ojos humedecidos, junto a la rueda delantera, atendiendo a su rostro lacerado, oyendo su agónico lamento que ahora parece volver, que pareciera en verdad no haber cesado nunca.

Desde aquel día, cada vez que llego hasta ese punto más o menos exacto de la ruta, me invade un auténtico dolor; no puedo sino sentirme físicamente, violentamente enfermo. Me he esforzado de todas las formas posibles por vencerlo pero ha sido inútil. Con el andar de los días, de las semanas, he acabado por asumirlo: no habría forma de dejar la casa, no podría yo alejarme nunca. Ni siquiera a bordo del auto –que, por otro lado, quedó averiado tras el nefasto accidente. La vez que lo intenté terminé volcado en la ruta, luego de que un irrefrenable acceso de náuseas me obligara a bajarme. He llegado, creo, a tener convulsiones intentando huir... Así es que he ido resignándome. He ido acostumbrándome a pasear por las cercanías, a no avanzar más allá del punto en cuestión. Pero eso no acababa allí, claro. El vivo recuerdo del llanto de la criatura helaba mi sangre, me infundía escalofríos insufribles. Asumí que debía purgar mi falta, que sostenía una suerte de deuda con alguien, con algo. Y que estaba condenado de ahí en más a pagarla. Los caminos del destino no dejan de sorprenderme pero creí haber llegado a comprenderlos: los libros y los perros se me antojaron una delicada maldición infundida por Marta. Todo confluía, todo parecía conformar un terrible cuadro, un espectro de casualidades tan claras como increíbles.

Pero tal revelación –si eso fuera- no implicaba el fin de la historia. Apenas si era un modo de explicarme esas cosas de las que era una involuntaria –pero justa- víctima. Y en tanto la comida comenzaba a agotarse y Edgar, en particular, ya a esas alturas me aterraba. Mi inicial cortesía –lo supe entonces- me proporcionaba una suerte de ventaja: bien debía yo alimentarlos o transformarme en su alimento. El consenso era (esto lo sabíamos los seis) que yo les proveyera; a ellos no les convenía quedarse repentinamente solos en aquel sitio alejado, sin un lugar a donde ir. Bien sabían que yo podía servir como el preciado anzuelo. Así fue que un buen día recurrí nuevamente a los servicios del joven del mercado, que llegó con un nuevo pedido abundante en alimentos que yo por entonces no podía ya costear. El chico me pidió permiso para ir al baño –supongo que se habrá espantado al ver el estado de la casa. Un hábil movimiento bastó entonces para dejarlo encerrado en una de las tantas habitaciones vacías de la laberíntica casa, a merced de mis inquilinos. Yo corrí a encerrarme en mi cuarto, donde procedí inmediatamente a agarrar cualquier libro que tuviera a

mano y tenderme en la cama a leer. Claro que no evitaría oír sus gritos estremecedores, pero con un profundo esfuerzo mental logré concentrarme y hasta disfrutar la lectura del libro de turno, una historia harto conocida, sí, pero que logró cuanto menos abstraerme momentáneamente: la desafortunada creación del doctor Frankenstein.

Tal trabajo mental terminó por agotarme y conducirme al sueño. No sé cuántas horas dormí entonces pero al salir de mi habitación me invadió un horrendo hedor, no ya el poco grato olor que los perros sembraban por la inmensidad de la casa, al que yo me había acostumbrado, sino uno diferente. La escena que contemplé luego lo explicaba a la perfección. Robert y los demás habían llevado los restos del chico al jardín, en donde continuaban abocados a la incansable ingesta. Noté allí que no eran cinco sino seis “mis” perros. Se había sumado uno, seguramente atraído por aquel banquete. Constaté que era hembra (lógicamente) y la bauticé Mary.

El chico del mercado propició un poco de paz. Los perros tenían, al parecer, una lenta digestión, y pasaron muchas horas amodorrados en el jardín. La transitoria calma me había resultado tan gratificante que había olvidado lo inevitable: alguien llegaría tarde o temprano en busca del difunto. Y ese alguien no fue sino su padre. Visto a la distancia, todo fue una precisa concatenación de casualidades. El viejo no llegó, creo, a advertir siquiera qué había ocurrido con su hijo. El viciado aire acabó por enfermarlo antes de que pudiera preguntar nada. Dije ya que todos los animales estaban poco animados, demasiado atareados en digerir la reciente presa. Entonces supe que el sacrificio no sería un mero acto de servidumbre. ¿Qué podía yo decirle a aquel hombre una vez que volviera en sí? ¿Cómo podía yo explicar lo inexplicable? Diré que lo maté sin saña, que fue un acto simple, casi quirúrgico. Laceré su cuello mientras yacía sentado en su desmayo. Dejé el cadáver en el jardín y me encerré luego en mi habitación, de la que no osé salir al menos por un par de días.

En aquellas horas divididas entre la lectura y la meditación, recordé felizmente que el viejo dueño del mercado era viudo, y que nadie más que esos cuerpos no del todo devorados tenía acceso al negocio. Me reconfortaba pensar que nadie seguiría su rastro. Por lo demás, los cadáveres

desaparecerían en algún tiempo y no habría ningún elemento incriminatorio. Me resulta frívolo admitir que aquellas cavilaciones me llevaron a interesarme por los relatos policiales, y así tomé de esa suerte de herencia de Marta obras de Conan Doyle y de Agatha Christie. El azar hizo su parte. Al segundo festín –celebrado días después, y más voluminoso y grasiento que el anterior- asistieron nueve convidados. Me infundió una profunda calma advertir que los perros se mostraban por demás satisfechos y dóciles. Supuse que gozaría de unos cuantos días de relativa paz y así fue.

Con el correr de las semanas ocurrió lo imprevisto: una lluviosa mañana una figura se hizo visible en el horizonte, alguien claramente bípedo. Temeroso, aproveché que todos se hallaban dentro para cerrar la puerta principal y recibir sin inconvenientes al visitante. El esfuerzo que hice entonces por dominar mi persona fue ciertamente descomunal. Fingí la más auténtica sonrisa; crucé mis brazos para ocultar una descuidada mancha de sangre en mi camisa. Al acercarse noté que vestía un traje y traía en la mano un portafolio. Me saludó cortésmente, y sin siquiera presentarse comenzó a hablar en un tono de lo más familiar.

“Vengo del pueblo vecino y hay gente preocupada. Parece que dos personas desaparecieron el mes pasado y todavía no las han encontrado. Lo que es la inseguridad, qué se le va a hacer...” Yo sabía que contaba con ocho individuos dispuestos a auxiliarme en caso de necesitarlos y ya había comenzado lentamente a retroceder, camino a la puerta, seguido tímidamente por el extraño. “Pero bueno, no deseo asustarlo. Simplemente es que... *uno nunca sabe*”. Su tono misterioso no hacía sino alarmarme. Comencé a calcular mis posibilidades: abrir la puerta, escapar súbitamente, no darle tiempo a reaccionar. “A lo que quiero llegar es...”, entonces alzó su portafolio y hundió en él una mano; mi corazón se aceleró, “estamos ofreciendo unos muy completos seguros”. Inmediatamente mi rostro experimentó (¿lo habrá notado él?) un drástico cambio de expresión. Supe entonces relajarme y ofrecerle ahora sí una verdadera sonrisa. “No sé si usted estará interesado...”. “Oh, por supuesto que sí”, repuse, “*uno nunca sabe*... ¿Quiere acompañarme adentro?”

Así fueron pasando los meses. En la última oportunidad –el desafortunado vendedor- me tomé la molestia de racionar la provisión de alimento (es una delicada manera de expresarlo). Luego, con días de diferencia, Mary y Agatha entraron en celo. La casa se convirtió transitoriamente en el marco de una feroz orgía de la que me vi forzado a escapar recluyéndome una vez más en mi dormitorio. Entonces los cachorros eran amamantados, y los adultos y yo nos conformábamos con sobras. No sé qué tan absurdo sonará pero creí que habíamos alcanzado una nueva forma de acuerdo; creí haber saldado en buena medida esa suerte de deuda implícita. Ellos mismos lo vieron así: por un tiempo no se inquietaron, no se tornaron violentos.

Pero ahora de nuevo todo luce distinto. Hace menos de una semana una figura se perfiló en el horizonte. Así comenzó este caótico período de reflexión y de inusitada incursión en la narrativa. Se trataba en esta ocasión del cartero, un sujeto vagamente conocido, que habitualmente pasaba por aquí, aunque Marta y yo casi no recibíamos correspondencia. De Marta precisamente era la carta en cuestión; dedicándome algunas palabras de conmiseración primero, y despachándose luego con que en este tiempo supo encontrar “consuelo” en brazos de otro, y que presuntamente son felices juntos y consecuentemente necesita verme por cierto asunto de papeles. También sugiere que para que yo pueda “prepararme” no vendrá de visita hasta dentro de un par de semanas... Muy oportuno, claro, según lo veo ahora. Porque los cachorros ya están lo suficientemente grandes, y no sé cuánto durará el cartero, y del vendedor de seguros no queda nada ya, y desde hace un par de días no me atrevo a salir de mi dormitorio aunque puedo oírlos de todos modos, husmeando, esperando (a veces creo oír un chirrido como si anduviesen por allí afilando sus garras). Supongo que a fin de cuentas no será necesario que firme nada, ¿verdad, Marta?